

Andrés Iduarte: Las patrias del corazón

ULISES VELÁZQUEZ

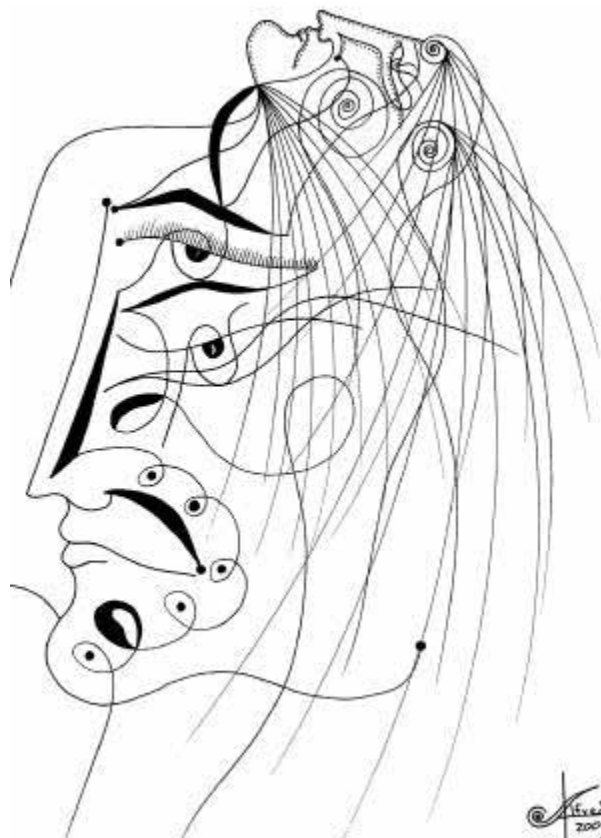
[...] Las razones del corazón son las más importantes,
es necesario seguir siempre las razones del corazón
[...] de todos modos hay que tener los ojos muy abiertos,
a pesar de todo, corazón, sí, estoy de acuerdo,
pero también ojos bien abiertos [...]
ANTONIO TABUCCHI, SOSTIENE PEREIRA

En una escena de Sostiene Pereira, novela del lusófilo italiano Antonio Tabucchi, los protagonistas hablan sobre las razones del corazón, a las cuales se debe atender cuando se trata de ciertas cosas, y más en concreto cuando su oficio de escritor se restringe tanto a los dictados de la memoria como a la búsqueda de la identidad. Sería imposible enumerar a los periodistas y escritores que, inmersos en la vorágine del tiempo, siempre han escuchado esas razones. Figuras como el español Julio Camba o el propio José Martí, se acercan a esa condición. México no podía quedarse atrás en ese aspecto, donde digno es destacar la obra del escritor y periodista tabasqueño Andrés Iduarte.

Nacido el 10. de mayo de 1907 (“día digno para nacer, aunque no crea en horóscopos”), en San Juan Bautista (hoy Villahermosa¹) y a unos meses de los levantamientos de Cananea y Río Blanco, Andrés Iduarte Foucher (el benjamín de los hijos del juez Andrés Iduarte Alfaro y de Adela Foucher Paulada) creció en el seno de una familia interesada por la cultura², donde su padre ejerció férrea influencia y le dio el principio toral de todo escritor preocupado por su país: el amor a la tierra. Durante la Revolución mexicana, vivió con su familia un

largo peregrinaje desde la selva de Tabasco, pasando por Ciudad del Carmen, Mérida, Veracruz y de regreso a San Juan Bautista, para más tarde viajar hacia la ciudad de México, donde se abrirá una nueva etapa de su vida, caracterizada por el sino combativo y social, cuyo germen y foro de expresión surgió en el seno de la Escuela Nacional Preparatoria, cuando José Vasconcelos –otrora miembro del Ateneo de la Juventud– ejercía el ministerio obregonista de Educación.

En su periplo preparatoriano, Iduarte tuvo como compañeros de escuela a Alejandro Gómez Arias, Salvador Azuela, Andrés Henestrosa, José Alvarado y Enrique Ramírez y Ramírez³, con quienes compartió la pasión por la palabra escrita. (Además, convivió entre dos generaciones: los Contemporáneos –un poco mayores que él– y la generación agrupada en las revistas Barandal y Taller, como Octavio Paz, Efraín Huerta y Rafael Solana.) Su temprana etapa como periodista se dio en los diarios juveniles Policromías, Eureka, Ágora, Don Juan, El Comendador y El Heraldo Estudiantil. De todos los



José Alfredo Ramírez

tópicos que trabajó en sus años en San Ildefonso, destacó uno que se volvió, más que un tema recurrente, en una filosofía de vida: la figura del cubano José Martí.⁴ Además, su acendrado hispanoamericanismo se aderezó con su admiración por la figura de Simón Bolívar, a quien dedicó uno de sus ensayos de juventud.

En 1929, dos años después de recibirse de Abogado por la Facultad de Derecho, se suscitó la cruzada de José Vasconcelos en busca de la Presidencia; Iduarte, por aquellos días, se encontraba en París, haciendo estudios de Artes y Letras en La Sorbona, además de vivir a flor de piel el ambiente intelectual que predominaba por aquellos lares. En Europa, el tabasqueño se reencontró con la Revolución mexicana que había dejado atrás, gracias a su lectura de la traducción francesa de *Los de abajo*, de Mariano Azuela.

De vuelta en México (y lleno de nuevas lecturas como Bertrand Russell, Havelock Ellis, Luis Jiménez de Asúa y Alexandra Kolontai)⁵, formó parte del Consejo Universitario y fue director de la revista *Universidad de México* (1930-1932), cargos que dejó vacantes al año siguiente, cuando viaja a España (“cuyas letras, cuya tierra y cuyo pueblo habían de ser un día partes de mi cabeza y de mi corazón. Quizá entonces ya lo eran”).⁶ Se integra al Ateneo de Madrid (1933-1938), colaboró en la revista *Las Españas* y se doctora en Derecho por la Universidad Central de Madrid. Desde allí, fue testigo de la Guerra Civil española y su vena combativa –misma que había dejado en México– se reavivó durante la lucha. (“En la guerra popular de España, en 1936, batallones y parapetos se llamaban Emiliano Zapata y Francisco Villa. Y es claro que aquí nos tenemos que quedar cortos”).⁷ Desde su tribuna intelectual, escribió innumerables artículos periodísticos y ensayos sobre diversas materias. El resultado de sobra lo sabemos e Iduarte, junto a su esposa Graciela Frías Amescua (con quien se casó en 1932), terminaron por irse a Francia y desde allí, planear el regreso a América.

Cardiografías de la memoria

A la par de sus colaboraciones periodísticas en publicaciones españolas, Iduarte se tomó un tiempo para escribir lo que sería

la primera parte de sus memorias, *Un niño en la Revolución mexicana*, iniciadas en Madrid en 1937 y terminadas en Barcelona en 1938. (“Diariamente evocaba yo, en la hora revolucionaria más apasionada de mi juventud, el estupor con que abrí los ojos a la vida en la Revolución mexicana”).⁸ En ese texto, Iduarte deja hablar a la memoria, busca reconocerse en los hechos de su familia, los ambientes donde se desarrolló y del como la Revolución cerró abruptamente con esa época dorada para los Iduarte Foucher.

Cuenta que, luego de conocer sus heroicos orígenes –tataranieta de rebeldes vascos y de comerciantes franceses de Nueva Orleans–⁹, su despertar intelectual surge cuando la Revolución es el santo y seña de una sociedad con aspiraciones de cambio. En la biblioteca de su padre –reconstruida luego que el remolino revolucionario acabara con ésta– se da ese ansiado encuentro con las letras, gracias a su lectura de *La Intervención y el Imperio*, de Victoriano Salado Álvarez. Los personajes de aquella saga de lustre galdosiano, infundieron en el tabasqueño un acendrado patriotismo, hasta el grado de colgar, en una de las paredes de su habitación, el retrato del Gral. Porfirio Díaz, a quien consideraba todavía un prócer y un santo de mejor devoción, luego de descubrir la codicia de los líderes revolucionarios que andaban por las calles de San Juan Bautista. Recordemos con Iduarte:

Otras contradicciones e injusticias presentaba la Revolución ante mis ojos de niño. ¿Estaba triunfante o no lo estaba? Empezaba yo a palpar la riqueza de algunos que se decían revolucionarios, empezaba yo a ver la burla de las promesas que se habían hecho en los mítines. El mismo pueblo perdía la confianza en los jefes y manifestaba su amargura.

–No son revolucionarios, sino robolucionarios –oí decir a un vendedor de frutas, un día que fui al mercado a comer nances. A robar le llamaban “carrancear”. El apellido de don Venustiano, hombre honesto, resultaba víctima de la corrupción de algunos de sus servidores.¹⁰

Iduarte cuenta los hechos según como los recuerda. Además, su pasión por la historia, que nació sobre la loma de Esquipulas, lo hacía cuestionarse sobre su tiempo presente. A la par de sus lecturas sobre la conquista de México, la guerra de Independencia y la Intervención francesa, en ese lugar fue

testigo de los fusilamientos que realizaban los soldados revolucionarios.¹¹

Otro aspecto de la labor memorialista de *Un niño en la Revolución mexicana*, es la señera descripción de los familiares que dejaron honda huella en su postrero quehacer. Primero, la figura de su padre, el juez Iduarte Alfaro, cuya integridad fue cuestionada por sus contemporáneos. (Por su prosapia, bien podía aspirar a la gubernatura de su estado o alguna diputación, pero siempre se mantuvo alejado del poder, y, por ende, de la corrupción que conlleva su ejercicio.) La segunda figura en orden de importancia es su tío Carlos Foucher Paullada, hermano de su madre, cuyo atractivo físico no superó su don de gentes ni su ecuanimidad ante las dificultades de la vida. Y, por último, su primo Rodolfo Brito Foucher, algunos años mayor que él y compañero de Daniel Cosío Villegas en algunas empresas estudiantiles, cuya enseñanza se dirigió hacia la experiencia de la lucha social desde la tribuna intelectual.

El capítulo final de *Un niño en la Revolución mexicana* logra enlazarse con la segunda parte de sus memorias: *El mundo sonriente*. En dicha obra, Iduarte recupera un tiempo apenas asimilado: su combativa juventud en San Ildefonso, donde surgieron sus primeros esbozos de obra literaria, al igual que sus panfletos y demás diatribas. La estancia de Iduarte en San Ildefonso, antes de su idílico viaje a París, estuvo marcada por los avatares estudiantiles y políticos del momento, mismos que lo convencieron para empuñar la pluma y criticar acérrimamente lo mismo el inminente avance del socialismo en Europa que el ambiente fascista de Tomás Garrido Canabal en Tabasco.¹² Cuenta con tristeza los sucesos de Huitzilac, donde murieron varios de sus amigos, entre ellos, el poeta coahuilense Otilio González. Aquel mundo sonriente parecía ante los caprichos de la política.¹³

Por otro lado, ¿por qué en esos libros Iduarte concede importancia a la memoria? Se debe a una proteica finalidad: contar lo que se sabe y no dejarlo fuera del tiempo presente, como testimonio sujeto a una memoria permanente.¹⁴ Además, todo ese ejercicio memorialista cumple en Iduarte una función cardiográfica, es decir, que el corazón –la querencia– era quien escribía. (“Nada es trivial cuando lo que se dice

viene en el chorro de nuestra sangre”.¹⁵) Otro punto a notar, es la discontinuidad en su escritura: mientras que *Un niño en la Revolución mexicana* fue parida en plena Guerra Civil española, su continuación, *El mundo sonriente*, tuvo como partera a la ciudad de Nueva York. De acuerdo con Raymundo Ramos,

Cronológicamente [...] es la continuación de *Un niño en la Revolución mexicana*. Libros escritos –ambos– desde la perspectiva de la edad adulta, pero con los ojos vueltos a la etapa infantil y a la primera juventud; es decir, libros escritos con inteligencia de hoy y corazón de ayer.¹⁶

Por último, cabe notar que tenía planeado escribir la tercera y cuarta partes de sus memorias, con los nombres de *Otra vez París* y *Bajo el sol del diablo*, respectivamente, mas nunca pasaron de la simple mención.

En el espejo de Babel

El 20 de junio de 1938, a bordo del *Queen Mary* y procedentes de Francia, Iduarte y su esposa llegaron a la ciudad de Nueva York para proseguir con las labores que habían dejado pendientes en España. Recuerda Iduarte:

Interrumpí mi vida en Europa para venir a fundar un diario que, en español, iba a dedicarse a defender la expropiación petrolera, decretada por el gobierno del general Cárdenas, y la causa de la República española, traicionada por el fascismo internacional.¹⁷

Con poco dinero en los bolsillos y dejado a la deriva por el gobierno mexicano, se reencontró con un colega de los tiempos parisinos, el español Federico de Onís, quien le consiguió un modesto empleo como profesor de Literatura en la Universidad de Columbia, mismo que ejerció hasta finales de la década de los 70.

Mi quehacer era el mismo y lo siguió siendo hasta que en 1944 obtuve el doctorado en Filosofía y Letras en esta Universidad de Columbia: académicamente, seguir mis cursos y pasar mis exámenes, y dar los míos en mi siempre doble función de alumno y profesor; y esencialmente –la almendra es mejor que cualquier cáscara, por buena que ésta sea– escribir artículos y dar conferencias sobre México y lo que inmediatamente después es nuestro: los pueblos hermanos de Hispanoamérica y España.¹⁸

Tanto en Europa como en Estados Unidos (geografías ajenas al ser y hacer iduartianos), sólo dos cosas mantuvieron su ánimo para seguir escribiendo: una, aprovechar las horas como docente universitario (“muchas hojas blancas que debo llenar y no tengo tiempo de llenar con lo que sigue borboteando en la cabeza y el corazón”¹⁹), y la otra, el amor y la complicidad de su esposa. Además de todo esto, Iduarte prosiguió su travesía norteamericana como inspector en los campos agrícolas y ferrocarrileros, donde habían ido a parar centenares de braceros mexicanos, de los cuales, el tabasqueño se llevó una excelente impresión.

Por tres años alterné mi trabajo de profesor en esta universidad con el de inspector de los campos de braceros que de México vinieron a trabajar en los ferrocarriles norteamericanos cuando la segunda guerra. [...] visitar los campos de trabajo de la vasta zona que forman los estados de Pennsylvania, New Jersey, New

York, Connecticut, Massachussets, Vermont, New Hampshire y Maine.²⁰

Una de sus preocupaciones –presente en innumerables artículos– era la presencia hispanoamericana en Estados Unidos y, por ende, la búsqueda de la identidad mexicana en el país vecino. Si se trataba de hacer una somera crónica sobre la vida de sus compatriotas, Iduarte no dejaba títere con cabeza al respecto. Aprovechando su doble condición de docente universitario y de representante del gobierno mexicano en el noroeste de E.U., el tabasqueño convivió tanto con escritores hispanoparlantes como con braceros de origen mexicano. En esta inusitada conocencia –la de los obreros mexicanos–, Iduarte se replanteó sus orígenes, para luego construir una identidad a donde lograra ceñirse, es decir, una especie de patria portátil. (En aquellos días con los trabajadores, esto se limitaba a “la búsqueda con todo y para todos de la justicia social”.²¹) En



Felipe Posadas

Nueva York, Iduarte y su esposa, junto a los mexicanos residentes en la Babel de hierro, celebraban las fiestas patrias, mismas que reencendieron la llama del sentimiento nacionalista, el cual mantenían sobremanera vivo, a diferencia de los compatriotas que no salían del país. (“Mientras más se vive, mientras más lejos se vive, más se aprecia su ternura, su delicadeza, su sonrisa, su prudencia, su cortesía de adentro, del alma”.²²) ¿Por qué razones sostenía esto? Al vivir en un constante peregrinaje, el único nexo (indisoluble, sin lugar a dudas) que conserva todo mexicano fuera de su país, es la remembranza, el recuerdo de los sabores y colores natales, mismos que, entre otras cosas, le crean un sentido de identidad y así no perderse entre los berenjenales del tiempo presente (tiempo vivido) en regiones no del todo transparentes. (Inclusive, en “Consuelo coquinario del ausente”, dedica su recordanza periodística a la comida mexicana, único medio identitario que aún lo ceñía a sus orígenes sureños.²³) Dicho en sus propias palabras: “prefiero escribir sobre cualquier sitio cuando no estoy en él: el prisma de la distancia me lo embellece, me lo depura”.²⁴

Por otro lado, el sentido de identidad por el que pugnó el tabasqueño, también se resume de la siguiente forma: en una serie de artículos, él se asumía como hermano de todos los habitantes de América, pero más en concreto de los pueblos indígenas mexicanos, debido a las innumerables injusticias a las que eran (y todavía son) sujetos. “El indio es la más honda y rica raíz de México: el allanado en su gran casa, el explotado durante siglos –en la Independencia, en la Reforma, en 1910–, el albañil, siempre, del edificio de todos...”²⁵ Y lo mismo iba hacia las demás etnias de América.

Según José Luis Martínez, en los textos de Iduarte se encuentra “una profunda comprensión de la sensibilidad, las creaciones espirituales y los conflictos radicales de la América hispana”. Mejor ejemplo de ello es su *Martí, escritor* (1944) y sus *Pláticas hispanoamericanas* (1951), las cuales recibieron comentarios laudatorios de escritores como el cubano Juan Marinello, a quien Iduarte conoció en España durante la Guerra Civil.

México de ida y vuelta

Entre su larga estancia neoyorkina, Iduarte se dio un tiempo para desempeñar –brevemente, en México– el cargo de Director del Instituto Nacional de Bellas Artes (1952-1954), mismo del que fue destituido luego de las polémicas exequias de la pintora Frida Kahlo.²⁶ (El servicio público, a decir verdad, le daba grasa.) De vuelta en Nueva York, regresa a sus labores académicas, a las cuales dedica todas sus fuerzas. Aunque el trabajo universitario le generaba una inmensa satisfacción, éste no lo llenaba del todo y entonces retomó el ejercicio del periodismo, puesto que aún mantenía contacto con algunos periódicos y suplementos culturales en México, para los que escribió artículos de temática variopinta, donde Iduarte empuñó continuamente la pluma tanto en lo público como en lo privado. Desde los años sesenta, su enorme producción periodística halló lugar en *Siempre!*, *El Nacional* y *Excélsior*; en este último, destaca su legendaria sección “Conversaciones con Andrés Iduarte”. Su eximia producción periodística tocó los linderos de la política, la literatura y, en ocasiones, dedicaba algunos de sus artículos al recuerdo familiar. Para principios de los años 70, Iduarte, ya jubilado, regresa a México.

Asentado de forma definitiva en la Cd. de México, el año de 1975, en la cardiografía literaria de Iduarte, marcó la publicación de sus primeras compilaciones de artículos escritos desde Nueva York: *Lunes de El Nacional*, cuya selección y prólogo corrió por cuenta de Andrés Henestrosa, y *Familia y patria*, con la pericia antológica y el prólogo de Raymundo Ramos. Y a principios de los años 80 (por invitación de Joaquín Díez-Canedo y Bernardo Giner de los Ríos, capitán y contra maestre de Joaquín Mortiz), conjuntó temáticamente en 8 volúmenes sus obras completas: *Martí, escritor*; *Un niño en la Revolución Mexicana* y *El mundo sonriente*, *Preparatoria*, *En el fuego de España*, *Pláticas hispanoamericanas*, *Hispanismo e hispanoamericanismo*, *México en la nostalgia* y *Semblanzas*; este último todavía contó con la revisión y nota preliminar del tabasqueño, puesto que falleció el 16 de abril de 1984. Atendiendo su última voluntad, sus cenizas se repartieron entre los ríos Grijalva y

Hudson (Villahermosa y Nueva York): patrias mancomunadas del corazón para un hombre cuya vida estuvo dedicada a la escritura.

Las patrias del corazón (a guisa de epílogo)

Como los personajes de *Sostiene Pereira*, Andrés Iduarte siguió a carta cabal las razones que su corazón le dictó, sea para guardar testimonio de los dictados de la memoria, sea para buscar una identidad a la cual ceñirse. En este aspecto, Ray-mundo Ramos (a quien Iduarte pidió conocer, luego de leer el emotivo prólogo que escribió el coahuilense a la primera edición de *El mundo sonriente*) lo describe de la mejor manera:

Pintor insuperable de caracteres [...] posee una transparencia estilística que se advierte –al fin maestro– cuando explica con simplicidad sorprendente los intrincados problemas generacionales de [cualquier] tiempo. Breviario, su prosa, de sabiduría emocional.²⁷

En una palabra, y retomando la expresión patria portátil, en el corazón de Iduarte halló, precisamente, ese lugar de residencia, y la escritura, el pretexto para darle forma. ¡¡Qué mayor motivo para el corazón que recordar las patrias de donde somos sus habitantes!! Y si es gracias a la palabra, mejor aún, porque así tendremos segura la victoria de la batalla siguiente, y ésa es contra el olvido.²⁸ Si “los temas deben nacer del hígado”, como sugería fervientemente Edmundo O’Gorman, bajo la pluma de Iduarte el aplomo por escribir sí nació de allí, pero su trasfondo siempre surgió del corazón.²⁹

Hoy en día, es pertinente y necesario que las nuevas generaciones se acerquen a su obra; tanto la preservación de la memoria viva como la búsqueda de una identidad patria en los escritos de Andrés Iduarte, son puertas abiertas hacia la comprensión de la literatura y de la historia en México. Y porque la primera batalla que es preciso ganar es, ante todo, contra el olvido. ■

¹“Ya no se llamaba San Juan Bautista. El general Francisco J. Múgica, gobernador de la Revolución, le había restituido la última palabra de su antiguo y bello nombre: Villahermosa”. Andrés Iduarte. *Un niño en la Revolución Mexicana*. El mundo sonriente. México, Joaquín Mortiz, 1982. (Obras de Andrés Iduarte) p. 58

²“Es verdad que en nuestras casas se leía lo bueno y lo malo, lo grande y lo pequeño, sin mucho refinamiento ni consumado gusto literario”. *Ibid.* p. 27.

³Cfr. Raymundo Ramos. “Prólogo”, en: Andrés Iduarte. *El mundo sonriente*. México, Fondo de Cultura Económica, 1968. (Letras Mexicanas, 88) p. IX.

⁴ Si se me permite la ociosa comparación, entre Martí e Iduarte hay ciertas coincidencias: ambos provenían de regiones tropicales, vivieron en carne propia los sinsabores de la guerra civil y, paréntesis aparte, fue en su exilio neoyorkino cuando su sincera y frágil pluma adquirió carta mundial de ciudadanía.

⁵*Ibid.* p. XII.

⁶“Mi primo Manuel Tellaeché”, en: *Familia y patria* Prólogo de Raymundo Ramos. México, Secretaría de Comunicaciones y Transportes, 1975 p. 98.

⁷“Nuestra Revolución Mexicana” en: *Lunes de El Nacional* Prólogo de Andrés Henestrosa. México, SEP, 1975. (Sep-Setentas, 176) p. 33.

⁸Iduarte, *Un niño...*, p. VII.

⁹Cfr. *Ibid.*, pp. 22-26.

¹⁰Op. cit., p. 99.

¹¹*Ibid.*, p. 67.

¹²Paréntesis aparte: el propio Garrido Canabal fue alumno del padre de Iduarte, quien le regaló a éste un ejemplar de la *Ortografía de la Lengua Española*, al verse corto de dinero.

¹³Cfr. *Ibid.* p. 214.

¹⁴Iduarte no escribe sus recuerdos “con propósito autobiográfico, aun cuando una vida le sirva de andamiaje”. Acepta, sin embargo, que “algo de historia tienen, como toda rememoración; pero nada de panfleto político ni vertedero de pasiones”. Con todo, cualquier libro de recuerdos, es decir, de evocaciones no comprometidas con la estricta cronología vital, es –en cierto modo– teoría de la existencia y definición de la propia personalidad. Raymundo Ramos. “Prólogo”, en: *El mundo sonriente*. p. XV.

¹⁵“Omnipresencia de México”, *Familia y patria*. p. 201.

¹⁶Raymundo Ramos. “Prólogo”, p. IX.

¹⁷“Mi primer Nueva York: 1938”, *Ibid.* p. 31.

¹⁸“Aquí con nuestros braceros”, en: *Lunes de El Nacional*. Prólogo de Andrés Henestrosa. México, SEP, 1975. (Sep-Setentas, 176) p. 53-54.

¹⁹“Franklin Towers”, en: *Op. Cit.* p. 20.

²⁰*Ibid.* p. 53.

²¹“Los quince de septiembre en Nueva York”, en: *Familia y patria* p. 29.

²²“Encanto y vigencia del pasado”, p. 90.

²³Cfr. “Consuelo coquinarío del ausente”, pp. 40-43.

²⁴“Con México en Nueva York”, pp. 195-196.

²⁵“Mi escudo: el águila y la serpiente”, *Ibid.* p. 123.

²⁶En julio de 1954 murió mi querida compañera de la Preparatoria, Frida Kalho [sic], esposa de Diego Rivera, a la que traté desde niña inválida hasta que fue, por su genio y tesón, una gran pintora. Sus amigos me pidieron permiso para velarla en el vestíbulo de Bellas Artes y, naturalmente, yo lo di. Se me avisó –estaba yo en mis oficinas– que habían puesto en su féretro la bandera del Partido Comunista. Por insinuación superior, les sugerí que la quitaran: no quisieron. Lo cierto es que esa bandera no ondeó en el asta del Palacio de Bellas Artes, ni la Orquesta de Bellas Artes –no existía– tocó, allí, la Internacional: era, y es ciertamente, un edificio público, y lo tuve muy presente. El duelo lo presidimos el general Lázaro Cárdenas, Diego Rivera y yo. “Jesús Silva Herzog”, en: *Semblanzas*. México, Joaquín Mortiz, 1984. (Obras de Andrés Iduarte) p. 139.

²⁷Raymundo Ramos. “Prólogo”, en: *El mundo sonriente*. p. XIII.

²⁸Para fortuna nuestra, en 2002, sus sobrinos, Leonardo Ffrench y Marta Morineau, donaron al Centro de Estudios sobre la Universidad (hoy día, Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación) de la UNAM todo su archivo personal.

²⁹Bien decía Andrés Henestrosa de él: “Iduarte es un donoso ensayista, un crítico literario de extensa y variada erudición, un literato a la manera vieja, es decir, la buena, la permanente, la que no pasa”. “Prólogo”, en: *Lunes de El Nacional*, p. 5